

## Impacto Social del Arte

México - Filipinas - Brasil

# Letras

México / Oaxaca

Eirin Olivera

Ensayo

## El arte que revoluciona

*La revolución me introdujo en el arte, y a su vez, el arte me introdujo en la revolución.  
Albert Einstein*

Las obras no siempre están hechas para ser parte de un museo, para ser expuestas en corredores extravagantes o en la pared del baño de alguien; a veces, son más un grito desesperado que pide ayuda. El arte es eso, una plegaria de libertad, un grito de dolor o una declaración de guerra.

Si nuestra sociedad se mueve, el arte la acompaña; es el testimonio de las voces de quienes luchan. El mundo no habría prestado la misma atención en el caso de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa sin los gritos que reflejaban suplicio –que de pronto parecía ser música– que tomaba tintes de un grito que jamás sería ahogado. No habría sido lo mismo sin los murales con los nombres de los desaparecidos que se asemejaban a una lista interminable de 43 vidas, destinadas a estar perpetuamente en unas cruces con las cuales se podía sentir una mezcla de coraje, tristeza y las inconmensurables ganas de quemar al país en busca de los cuerpos que alguna vez respondieron a los nombres hoy pintados. Me pregunto cómo se explican los niños, al ver estos murales, que lo que ven es más que pintura; que es una revelación del terror de un México oscuro e impune. Una nación que no concuerda con lo que les enseñan en sus libros de historia, ni con el país –construido en la Revolución– al que le cantan con heroísmo todos los lunes por la mañana. Quien tenga duda de por qué los artistas comparan a la revolución con el arte –como si el miedo y los gritos de lucha se volvieran sus musas– es porque ellos se atreven a pedir un derecho que es incómodo para quienes están acostumbrados a vivir bajo la impunidad.

Solo quienes han estado en un plantón, viviendo el desplazamiento de la toma de las calles, o en una marcha huyendo de la represión policiaca habrán podido convertir las consignas que resuenan en el aire en oraciones equivalentes a un “padre nuestro” en medio de un último intento de salvar el honor que aún no les han arrebatado.

Cómo no voltear cuando hay canciones que piden justicia: “que tiemble el estado, los cielos, las calles, que teman los jueces y los judiciales”, que se escuchan resonando en el aire, sin saber si ese canto se volverá una amenaza o una sentencia, porque todos cantan con una métrica exacta y un compás que resulta abrumador. Cientos de canciones, cientos de pancartas, todas con un mismo fin: una invitación a la valentía, un reclamo por una mirada del mundo, un llamado a la solidaridad que no se encuentra en la patria proclamada en un himno viejo, uno que solo despierta nostalgia.

Aquí surge el arte, que aleja al olvido como si fuera un eterno recordatorio de las razones para seguir luchando. ¿Qué hay de las paredes intervenidas que piden justicia? Aquellas que son un fantasma presente del 2 de octubre, del movimiento Yaqui, del movimiento del EZLN, de los 43 de Ayotzinapa, de las miles de muertes por feminicidio, de las caras de los dos estudiantes de Monterrey, del mal gobierno, de la impunidad de los representantes de una patria que ellos mismos pisotearon; de la desaparición de activistas, de los indígenas a los

que proclaman como “pobres” en vez de como “fuertes”. ¿Cómo olvidar todo esto si a cada paso que damos hay un mural que desde la calle nos recuerda un pasado que no se ha ido?

Para quien crea y para quien admira, las obras se vuelven arte con un poco de miedo, con un poco de tristeza, con un poco de enojo o con todo al mismo tiempo.